SALUDO A LAS JUVENTUDES

Enrique Solomayor

Cº 12310-1
12

EDICIONES PARA EL BOLSILLO DE LA
CAMISA AZUL

ional de España

n.785.643

SALUDO A LAS JUVENTUDES DEL MUNDO

(Y OTROS DISCURSOS)

Enrique Sotomayor

12

r
C2/2310-1

EDICIONES PARA EL BOLSILLO DE LA

CAMISA AZUL

Nacional de España

Biblioteca Nacio

NUMEROS PUBLICADOS

1 José Antonio al SEU.

2 La vocación y la empresa nacional *(José M.ª Hernández Rubio).*

3 Tres discursos a los universitarios españoles.

4 El sepulcro de D. Quijote *(Miguel Unamuno).*

5 Sobre la europeización *(Miguel Unamuno).*

6 La juventud y España *(Giménez Caballero).*

7 Sobre la revolución de la Falange *(José M.ª García Cernuda).*

8 Dos generaciones universitarias *(Carlos María Rodríguez Valcárcel).*

9 El concepto falangista del Estado *(Raimundo Fernández Cuesta).*

10 Don Tritonel de España *(Ángel María Pascual*

11 ¿A dónde vamos? *(David Jato Miranda)*

Artes Gráficas GRIJELMO, S. A.—Bilbao

ional de España

Biblioteca Nacion

Saludo a las juventudes del mundo

Mayo 1939

Después de la Patria, la juventud es el lazo más fuerte que puede unir hoy a los hombres en el mundo.

Juventud no es ya aquel desbordamiento de adolescencias que jugó en la política de todos los países para alegrar y dar apariencia de vida a aquella triste realidad de un mundo vacío, injusto y torpe.

Hay algo genital y profundo que nos trae de todas las tierras una conciencia nueva. Frente a todo lo que en este crepúsculo asfixiante de la edad que muere se esfuerza en agitarse y permanecer hay ya carne y sangre de juventud que viene trayendo, inexorable y rítmica, su voluntad de vida y esperanza.

Nosotros, camaradas de todos los países, hemos sentido durante años de lucha esforzada esta conciencia de nuestra juventud

ional de España

ascendiéndonos cada día del alma y aleteando gozosa en la certeza de que mañana la bandera que nosotros levantamos sobre nuestra sangre, para traer a nuestro pueblo la Patria, el pan y la justicia, y para volver a España su genio imperial, había de llamaros a vosotros y habíais de acudir en epifanía de juventud y fuerza que hundiéra este mundo viejo y turbio y trajera la alegría nueva de una nueva edad, en paz y norma, si Dios lo permitía, y en la boca fresca y ardiente de millones de fusiles, si Dios llamaba de nuevo a los hombres a la guerra.

La guerra de España, la guerra de la juventud española, ha sido esto ante todo.

Quizá nunca en la Historia haya habido un movimiento tan radicalmente joven como el nuestro; somos una generación en línea de combate, y os brindamos el ejemplo de nuestra austeridad, de nuestra audacia y de nuestra victoria.

Cuando éramos un grupo desarmado de jóvenes estudiantes y obreros que luchaban en soledad absoluta contra toda la sociedad española dividida en los viejos partidos y clases, emprendimos la guerra.

Biblioteca Nacion

Moral y materialmente hemos vencido frente a un enemigo complejo y fuerte, que es el que hoy os señalamos a vosotros.

No podemos venir ahora con cánticos alegres de victoria ni con relatos humanitarios o heroicos de nuestra guerra, que quizá muchas veces hicimos contra vuestra cobardía y pereza.

No tenemos literatura ni neurosis de postguerra, a cambio de las que hace veinte años nos enviasteis, porque no tenemos postguerra. Porque no hemos regresado de las trincheras. Porque permanecemos en milicia. Y porque la vida tiene ya para nosotros este saber antiguo de servicio y de guerra que nos ha devuelto nuestro ser.

Venimos a gritaros, en estos momentos angustiosos, en que quizá haya de partirse Europa estérilmente en una nueva guerra, lo que fuimos aprendiendo en la nuestra.

De lo actual y viejo, a nuestra generación de juventudes no la separa un pleito político ni social. La separa un abismo moral infranqueable.

Ante este mundo gastado y cobarde, que quiere defender intereses y privilegios que a nosotros nada nos dicen; que quiere man-

onal de España

tener mercados y posiciones y conservar partidos y clases que no nos importan, y que para conseguirlo no vacilan en encender, una tras otra, guerras y revoluciones en Occidente y en Oriente, y en lanzar a los hombres a una lucha odiosa, fría y sangrienta, de grupos y de castas, ¿sirve de algo el ser socialistas o antisocialistas, el ser derecha o izquierda, y morir defendiendo unos ficheros políticos en París o manteniendo las acciones del Banco de Londres?

Pero tampoco es posible quedar elegantemente al margen. Si comienza la guerra, no serán los grandes banqueros socialistas ni los opulentos diputados conservadores los que vayan a ella. Seréis vosotros, universitarios de los tibios e indolentes colegios norteamericanos; seréis vosotros, estudiantes franceses, estudiantes de Europa, los que quedaréis colgados de las alambradas en los campos de batalla, como quedamos nosotros, como quedó la juventud española frente a las ametralladoras rusas y francesas, bajo los aviones yanquis que nos hacían la guerra.

¡Pero nosotros hemos muerto defendiendo nuestra Patria, salvando y trayendo nuestra moral, nuestra Justicia, nuestra Historia,

Biblioteca Nacio

ganando cada día un palmo de nuestra tierra, en falange cerrada de juventudes, en promesa de Revolución que salve y redima a nuestro pueblo y clave al viento la alegría solemne de nuestras banderas!

¿En defensa de qué moriréis vosotros? Vuestros padres nos lo contaron cien veces, cuando se mordían los puños de miedo, en aquella literatura femenina y neurótica de la postguerra.

Moriréis en defensa de un orden viejo y sucio que despreciáis. Moriréis defendiendo los turbios negocios de unos directores generales, y a vuestro cadáver le impondrán quizá la misma cinta con que los concejales democráticos pasan al banquillo de los acusados cada semana.

Os movilizarán, juventudes de Europa —a la juventud española no hubo que movilizarla, porque fué ella, porque fué su Falange la que empezó la guerra—; a vosotros os movilizarán, como os han movilizado ya políticamente, para que sirváis de avanzadilla en las horas de peligro, para que entretengáis el miedo de sus gentes cantando por las calles, para que garanticéis con

onal de España

vuestra vida importaciones y exportaciones, el alza y la baja de su dinero.

Os han condenado a morir en defensa de todo este equilibrio odioso, en que se rumia la esterilidad de un siglo.

Las dictaduras liberales, las democracias y los comunismos, últimos vestigios de una edad muerta, que hace unos días lloraban la guerra, os animan ya a que pongáis a su servicio vuestra sangre, para prolongar unos años su agonía en miserable afán de seguir viviendo.

Y todo esto, ¿por qué? ¿Es que no tenéis fuerza, ni Historia, ni juventud, ni Patria? ¿Por qué habíais de servir a unos y a otros, gastados y corrompidos todos en el juego sucio, que nos asfixia, y contra el que nos alzamos en Revolución?

Si no queda en vosotros un ánimo de juventud y milicia, capaz de arremeter contra todo lo viejo y torpe, y traer la alegría de un nuevo ser, nada tenemos que deciros las juventudes españolas. Id y decid que estamos locos, que aún sabemos morir sin que nadie nos obligue, que aún sabemos tomar en el campo de batalla a un hombre y ungirle, sencilla y antiguamente, como Caudillo nues-

Biblioteca Nacio

tro, y seguirle hasta el fin, y más allá del fin. Nosotros, cuando llegue la guerra —y si vosotros no lo evitáis, inevitablemente ha de llegar—, sabremos que vais a morir, porque os conducen unos gendarmes en defensa miedosa de gente que despreciáis y que queréis odiar.

Si sois aún jóvenes y fuertes, si os sentís capaces de acercaros a la historia del mundo, aquí tenéis el ejemplo fresco de nuestra juventud. La esencia de nuestra Falange, el alma misma de nuestro ser, de nuestro afán religioso y militar de justicia, os lo brindamos puro y riente.

Que nuestra guerra sea la arenga viva que levante a las juventudes del mundo. Sobre la tierra llega una brisa fresca de juventud, trayendo una edad nueva, alegre y limpia. Nosotros, que quizá pudiéramos odiar, y odiar profundamente, os envíamos con ella el saludo de los que en España —quizá más bellamente que nunca en la Historia— supieron morir en defensa de este anhelo de justicia y de paz que toda la juventud siente, y que muy pronto todos hemos de defender.

nal de España

Queremos que nuestra victoria sea el triunfo de toda la juventud.

Ved en ella, ved en esta bandera que se alza —¡qué importa si alegre o triste!— sobre nuestra guerra, la diana impaciente que os llama a vuestra revolución.

¡Poneos en pie, juventudes del mundo!

Y si Europa no quiere oír nuestra voz, si ya todo se ha perdido en este viejo y glorioso continente que muere, llega aún, ascendiendo de los siglos dormidos, el grito claro de salvación de nuestra estirpe, que nos sabe a sangre y a fraternidad: «¡Poneos en pie, juventudes hispánicas!»

ARENGA A LA JUVENTUD UNIVERSITARIA DE CASTILLA

Pronunciado en el Teatro Calderón, de Valladolid, en septiembre de 1939.

Camaradas de la Falange de Castilla. ¡Castellanos! Quizá nadie en la tierra sepa comprender tan profundamente como vosotros la trascendencia del momento en que vi-

Biblioteca Nacion

vimos. Quizá nadie como vosotros sepa medir la magnitud de esta Revolución por la que venimos esforzándonos y que hoy nos abre y señala Dios.

La Historia vuelven a moverla los hombres. De nuevo son mentira todas aquellas leyes fatales y sencillas, que un día se creyó que conducían a los pueblos. La Historia no corre ya por el cauce estrecho de unas circunstancias económicas, geográficas o raciales. Europa nos brinda el ejemplo de cómo, a pesar de todos los artificios económicos, a través de toda una espesa trama de leyes y teorías, la historia de la tierra vuelve a moverse al compás violento y eterno de la sangre de los hombres y de la voluntad de Dios. La grandeza de un pueblo no nace únicamente de la acumulación secular del esfuerzo de generaciones que se suceden mansamente en el hábil aprovechamiento de unas condiciones naturales, sino también, y antes, del esfuerzo audaz de unos hombres capaces de dar el salto peligroso de una Revolución histórica, llevando sobre los hombros el destino de su Patria.

La Historia, que venía turbia de tinta y

onal de España

de dinero, tiene otra vez los sabores antiguos del pan y de la sangre.

Por eso Castilla, toda vena y espiga, siente de nuevo su pulso vigoroso. Por eso esta tierra cereal y dura tiembla hoy en vosotros de ambición y esperanza. La Historia va a volver a pasar por Castilla. ¡Es preciso que nosotros sintamos, aun antes que el orgullo, la responsabilidad de ser hoy, ante el mundo, castellanos!

Nos cumple el deber de hacer vivir a España, quizá más intensamente que nunca, la historia de la tierra.

El hacerlo, no es cómodo ni sencillo. Lo cómodo sería sentarnos a la sombra de nuestra primera victoria o marchar detrás de gaitas y tamboriles a la romería de los castizo y lo pintoresco. Esto sería, además, según los viejos conceptos, lo juvenil.

La juventud no debía hasta ahora hundirse en el análisis de los problemas trascendentes que se reservan a gente más juiciosa y grave. La juventud servía de alegre milicia, ardorosa e ingenua, que fácilmente podía cada cual someter a su servicio y que todos buscaban para que les sirviera de vanguardia en la lucha estéril de clases y partidos.

Biblioteca Nacion

Pero fuera de aquel alegre deporte de la lucha en la calle quedaban los jóvenes licenciados de todo otro deber y de toda otra inquietud. Los grupos juveniles servían para que todos se escudaran tras de ellos, encomendándoles la defensa peligrosa de sus intereses.

¡Así se pudo confundir a la Falange! Así pudo pensarse en que la Falange sirviera para mover, con su tesón violento, la noria en que bebían, sorbo a sorbo, unos cuantos que creyeron que aquello era otra magnífica cosecha de juventudes que cualquiera podría ganar para sí.

¡Nadie puede pensar ya en esto! La Falange es algo más grave y alto que toda aquellas arriscadas adolescencias de la juventud liberal. La juventud española no ha de servir de avanzadilla a nadie, sino a la revolución y a España.

Que nadie pretenda conducir su entusiasmo al camino tortuoso de los viejos intereses de clase o de partido. ¡Que nadie quiera ganarla con viejos halagos y promesas! La juventud española no pide ni quiere premio ninguno. ¡No quiere sino seguir adelante cada día en el camino emprendido!

nal de España

En las luchas que durante tres años mantuvo la vieja Falange Española de las J. O. N. S., los jóvenes universitarios dieron a aquellas escuadras iniciales un tono de combate y una profundidad revolucionaria que fueron agrupando los entusiasmos de la mejor juventud española. Cuando en julio de 1936 se abre la guerra, toda la juventud española, en torno a nuestro espíritu y nuestra bandera, vive la disciplina inmediata de jóvenes universitarios, que sirven de guía a todo un pueblo en armas, y que van ganando con su audacia ágil y sencilla el máximo prestigio militar y popular.

Hoy, en el comienzo de nuestre Revolución, llega un nuevo y doble deber para la juventud española. En primer lugar urge la vuelta a la Universidad. Es preciso que toda la juventud revolucionaria vuelva a la disciplina rigurosa de una nueva e intensa vida universitaria; la juventud no puede quedar gloriosamente al margen de la vida española. Después del deber militar, la Universidad es el primer servicio que la juventud ha de prestar a la Falange. El abandonarlo sería hundir nuestra sociedad, dejándola de nuevo sometida a gentes de las viejas escuelas y

Biblioteca Nacio

partidos. Esto sería el fin de la Revolución.

Para evitarlo, nuestra generación ha de colocarse intelectualmente a la cabeza de la sociedad española.

Pero, junto a este deber universitario, queda aún la empresa típicamente juvenil de la Falange. ¡Queda, más imperiosa y apremiante que nunca, la voz de la Revolución española, llamando a nuestra juventud! Nadie puede abandonarse al estudio paciente, laborioso y frío de su profesión. Nuestra Revolución es, antes que nada, un combate moral entre dos generaciones.

Traemos una conciencia nueva, una nueva moral, un noble anhelo de perfección y de pureza. Junto a nosotros queda aún toda una turba codiciosa, que fuera y dentro de nuestras fronteras quiere proseguir el juego desgraciado de los partidos, de las viejas intrigas, de los compadrazgos y negocios turbios. ¿Qué puede valer esto frente a nosotros?

¡Nuestra posición es clara, rotunda y firme! Somos distintos y nuevos, como somos antiguos y eternos. De las anteriores derechas e izquierdas no nos separan únicamente divergencias tácticas, sino un abismo moral

infranqueable. No hay confusión posible ni habilidad capaz de evitar esta diferencia espiritual, profunda y decisiva que nosotros traemos. Hay una nueva moral en pie de guerra y en unidad absoluta de fe y de ambición. Hay un bloque sólido, indestructible, de juventudes que nada ni nadie podrá vencer.

Es inútil que vengan ahora con el deseo maligno de escindirnos y de azuzarnos unos contra otros para entretener nuestra impaciencia y entibiar nuestro fervor. Durante tres años la juventud española combatió desgarrándose el alma y la carne entre la indiferencia y el odio de todos. Durante tres años la juventud ha sido avanzadilla en todos los peligros y vanguardia en todas las fatigas para poder hoy traer su Revolución.

Ha llegado la hora de recoger la cosecha que sembró aquel esfuerzo. ¡Franco y nosotros traemos y exigimos a todos íntegra y pura la Revolución española!

Que nadie pretenda engañarse con falsos artificios. ¡Que se acerquen a esta realidad viva del espíritu de nuestra juventud y digan si podemos ahora licenciar la espe-

Biblioteca Nacio

ranza de un pueblo que tiene la certeza de que nosotros hemos de salvarle!

Hace unos días el Generalísimo ha vuelto solemnemente a prometer Revolución al pueblo de España. Al borde de esta Europa, que comienza a romperse en el golpe violento de la sangre y de la guerra, el pueblo de España ha oído otra vez la voz conocida de su Caudillo, que le convoca a una tarea común. En España comienza hoy la paz del mundo: nosotros llamamos a ella a todos los hombres de buena voluntad.

Entre nuestras banderas no hay una sola de revancha ni de odio. Pero que nadie olvide que venimos a salvar a nuestro pueblo. Alta y clavada está la bandera de nuestra ambición de justicia y reconquista; ni una sola de las posiciones que a través de los siglos fué abandonando la cobardía y la malicia de unos y de otros ha de dejar de ser recuperada.

Una generación española se prepara a ir cumpliendo su deber de hermandad y de trabajo; pero que nadie se engañe y crea que éste es otro blando repliegue ante la Historia. En silencio, ahí quedan un millón de hombres muertos que dicen hasta dónde

ional de España

es cierta nuestra tenacidad y nuestra audacia. ¡En silencio aquí queda un millón de jóvenes bayonetas, que dice hasta dónde va a ser difícil de torcer nuestra voluntad y nuestro derecho!

Vivimos, ¡camaradas de la Falange de Castilla!, la máxima ocasión histórica de España. Es necesario una absoluta, una inexorable disciplina. Contra ellas luchan preferentemente nuestros enemigos. Se ha repetido, se siguen repitiendo hoy, las maniobras de los que quieren separar a la juventud española de Francisco Franco.

¿Qué hemos de decir nosotros respecto a esto? Es muy fácil cantar ahora la gloria del Caudillo victorioso.

Pero yo os digo que si se tambaleara y fuera frágil lo que hoy es firme y seguro, ¡quedaríamos de nuevo, los primeros, y quizá los únicos, defendiendo a tiros de nuestras viejas pistolas, entre los caballos de la Guardia Jalifana, lo que muchos abandonarían en repetición cobarde de la Historia.

Se acerca la hora más difícil, penosa y lenta de la Revolución española.

¡Que nadie se desmaye ahora en nuestros brazos. Hay que seguir, en esta hora en que se

Biblioteca Nacio

decide si ha de ser estéril o fecunda la sangre de un millón de hombres, en el servicio difícil de la Falange. Que cada hombre se sienta eslabón de una cadena secular de esfuerzo y sangre, que ha venido forjándose a través de veinte siglos de Historia.

Y que entre la terrible pesadumbre de la tarea llegue a esta comunidad ancha y brava de los hombres de España un rayo violento de alegría. ¡En nosotros se decide el destino de nuestro pueblo. ¡En nosotros ha colocado Dios la fatiga y la gloria de redimir nuestra derrota!

¡Mientras el mundo se rompe en la guerra, nosotros vamos a ganar la reconquista y salvación del más alto linaje de la tierra!

No pretendemos únicamente una revolución política o social, sino la tarea infinitamente superior y más difícil de salvar a nuestro pueblo. Durante siglos hemos vivido un continuo repliegue histórico, abandonando y dejando perderse cada día este caudal magnífico de hombre y de tierras que cada día nos ofrece España. Divididos los hombres en partidos y grupos, dividida la sociedad en clases y la tierra en regiones que se desconocen y odian; confundidos todos en un

torpe afán de regocijo y descanso, chocando unos contra otros, sin fe y sin esperanza, se perdía a borbotones nuestro espíritu y nuestra fuerza en el ir y venir, cansado y zambo, de unos y de otros.

Bajo esta superficie burbujante de la vida pública española, entre este cruce complejo de la picaresca política, vivía la tragedia de un pueblo que sin relación alguna, en la mayoría de los casos, con la actualidad inmediata de partidos y clases, sentía, en medio de su vida enfangada, triste y pobre, una profunda inquietud revolucionaria y un ardoroso aliento de reconquista histórica, que durante siglos vino levantando nuestro espíritu contra la torpe realidad que nos asfixiaba.

Pero ni una sola vez pudo ser fértil esta constante y generosa rebeldía de nuestro pueblo. Todas las consignas, todas las banderas, aun las más torpes, tuvieron siempre a un jirón de la juventud española y del pueblo de España, defendiéndola ingenuanuamente. Todas los dejaron desesperadamente. Tódas los dejaron desesperados y rabiosos en espera de la bandera y consigna contraria que aprovechara aquella fuerza

Biblioteca Nacio

airada y vindicativa del desencanto, para cerrar y hacer eterno el círculo vicioso de la acción y reacción política española.

Y entretanto el pueblo de España, que sentía por un lado este latir magnífico de su ambición y su orgullo históricos, que sentía el deber y la urgencia de un quehacer nacional, y vivía, por otro, trocado de conquistador en emigrante y de poderoso en hambriento, comido de usureros y demagogos, corrompido de caciques y sofistas, veía pasar, indiferente a ratos, y las más de las veces ingenuamente furibundo, éste flujo y reflujo que en nada le afectaba.

No entre aquella turba de estandartes de grupo y de partido, sino sobre este afán profundo del pueblo de España levantamos nosotros nuestra bandera. ¿Qué importan las viejas izquierdas y derechas? ¿Qué importan las viejas castas en combate? Es España lo que aquí se pierde o gana para siempre. ¿Qué podrá apartarse de esta batalla que se le brinda por la definitiva salvación de su patria? No se es libre sino cuando se vive en un pueblo libre y fuerte. Nosotros convocamos a toda la juventud española

onal de España

para combatir por nuestra libertad y fortaleza.

¡Arriba el corazón, juventudes de España! Hemos de ganar con nuestro esfuerzo la realidad material y moral de nuestro Imperio. España ha de volver inexorablemente. ¿Qué nos importa que dentro y fuera de ella hay quien se oponga a nuestra voluntad decidida de vencer?

Ha acabado para siempre aquélla pereza barrigona y locuaz de los que se movían en gabinetes y cámaras, confundiendo y trabando nuestro camino con su torpeza voluble y senil.

Nosotros, que renunciamos a la paz y la ahuyentamos a tiros, y la hicimos correr y alejarse, desgarbada y patosa, por las calles empinadas de nuestras ciudades. Nosotros, que fuimos los que trajimos primero esta música nueva de la guerra y de la muerte, llamamos a toda la juventud española para seguir la empresa —¡qué importa si de paz o de guerra!— de la salvación de España.

Que vengan con nosotros los que sean aún fuertes y jóvenes. ¡Que cada hombre elija su puesto! No hay habilidades ni circunvalaciones posibles.

Biblioteca Nacio

O con la Revolución española.

O contra la Revolución española.

Nuestra sangre ha clavado el dilema implacable que ha de plantarse para todos:

O con nosotros.

O contra nosotros.

Que nadie venga a entretener nuestro fervor angustiado con sus viejos problemas; tenemos que seguir adelante, sin volver la cabeza para mirar atrás. Trajimos a España nuestra vocación de segundones combatientes, cuando todos la tenían de primogénitos. Cuando la edad y la carne nos llamaban al goce pleno de la vida y del mundo, dejamos todo para venir a este servicio y milicia de la Falange. Tenemos la certeza absoluta de nuestro triunfo, pero aunque tuviéramos la certeza de nuestra derrota combatiríamos igual. Nuestro valor no necesita embriagarse de triunfo y de alegría para poderse mantener. Cumplimos exactamente un deber inexorable que nos hemos impuesto nosotros y que nos ha impuesto Dios.

Además queda ya en el camino esta sangre, caliente aún, que cada día recordamos. Nosotros queremos morir sobre esta sangre de nuestros camaradas muertos, y esperamos de

onal de España

Dios la gracia de que nuestros hijos vengan a morir sobre la nuestra.

FRENTE DE JUVENTUDES

Pronunciado en el Teatro Calderón, de Madrid, en Noviembre de 1939

Creo que esta hora es la menos apropiada para un discurso. La realidad es tan brevemente decisiva y es tan amplia la responsabilidad de cada hombre en este momento, que apenas nada cabe en el cauce de la retórica. Los discursos son buenos para cuando hay poco que decir y nada que hacer. Hoy, sin embargo, es más que nunca preciso hablar; hay que hacer examen de voluntad y de conciencia.

Yo voy a evitar totalmente el discurso. Voy a dar un puñado de reflexiones desnudas, incluso de aquellas cosas trascendentes, pero excesivamente trilladas por su facilidad lírica.

Si queremos ver claro, definitivamente claro, hay que renunciar de una vez a todas

Biblioteca Nacio

esas vagas ilusiones que ingenuamente han venido voceando gentes con el alma calada de lirismos y demagogias liberales.

Hay que clavarse en la realidad. La juventud no puede ser otra vez aquel alocado desbordamiento de adolescencias encargadas de gritar los lugares comunes que susurraban los maduros.

Sería demasiado peligroso soñar ahora. Además es innecesario. La más poderosa imaginación no sería capaz de sustituir con ventaja los peligros y posibilidades que hoy se nos ofrecen.

La lucha de clases.

En primer lugar, vivimos un malestar físico improrrogable. El pueblo de España necesita inmediatamente de una base material de vida tolerable. Sin engolamientos de voz, sin melodramas: es radicalmente imposible salir al mundo con un pueblo hambriento y rencoroso que ocupa todas sus energías en defenderse de una pobreza que le viene asfixiando durante siglos.

Es triste pensar que aún hay gentes a las que esta sencilla exposición del dolor de nues-

ional de España

tro pueblo pone en previsora guardia de sus intereses.

Durante mucho tiempo ha venido sedimentándose un torpe afán de placer y riqueza que en algunos casos va a ser muy difícil de arrancar. Una cultura y aun una vida materialista y una imperfecta organización de la sociedad y del Estado, disculpan esta actitud de gentes, muchas veces de mérito indiscutible, de laboriosidad e inteligencia.

Pero esta resistencia del egoísmo de unos cuantos, a pesar de las hinchadas interpretaciones de la demagogia, no tiene sino el valor relativo del dato y de la anécdota.

Infinitamente más grave es la lección que acabamos de vivir. Un pueblo, que llevado de un primitivo afán vindicativo de revancha, rompe toda norma y toda moral, y se entrega, en el plazo breve de unos años, al sangriento desenfreno de la barbarie roja.

Frente a esta doble realidad, muchos ven plantearse un problema económico urgente.

Nosotros lo vemos también. El problema de nuestra ordenación económica hay que acometerlo definitivamente. Y hay que acometerlo, ¡que nadie lo olvide!, revolucionariamente.

Biblioteca Nacio

Pero nosotros vemos, ante todo, un problema moral. Un problema moral de máxima urgencia en cuanto afecta a la juventud española.

Nosotros representamos un momento histórico de rebeldía y ambición frente al mundo. Al mismo tiempo que nosotros, esto lo han sentido temblar en el alma todos los hombres de España. Sobre todo lo ha sentido íntegra la juventud española.

Sin embargo, gran parte de ella ha utilizado esta inquietud nacional y revolucionaria en sentido negativo, la ha utilizado para oponerse a nosotros, que seguíamos el camino auténtico de la revolución. ¿Y esto por qué? No bastan a explicarlo las fórmulas económicas, no basta la teoría de la lucha de clases. Heredamos, sin duda, un virulento malestar de clases. Un odio profundo, imposible de liquidar inmediatamente. Pero aquello no obedecía al pleito pequeño de lo económico sino al dolor terrible de encontrarse, precisamente cuando nacía esta inquietud nueva del resurgimiento, aparte y fuera de la sociedad y del mundo, sin vivir sino exteriormente y como extranjeros la historia de su pueblo.

onal de España

Por esto en la primitiva Falange y en la guerra nació aquella entrañable comunidad que nosotros de hombres a los que económicamente no se les había resuelto nada, pero que veían en nuestras escuadras la brecha por donde entrar en el torrente de la Historia.

Aquella lucha estéril y rencorosa de las clases encubría otra infinitamente más profunda. Se luchaba, no para conseguir caviar y automóvil, que esto sería lo de menos, sino para vivir desde dentro la historia de la tierra.

Nace otra vez la vocación antigua de vivir en unidad de empresas. Millones de hombres, a los que el liberalismo había dejado fuera de todo quehacer, sin fe, sin Patria y sin bandera, sienten de pronto la ambición violenta de una tarea.

¡La juventud española no combatía por unas fórmulas económicas heladas! Por eso nunca entendieron el socialismo evolutivo europeo. Por eso en España sólo los bastardos fueron marxistas.

Por lo que se combatía era por un entrañable afán de unidad, por una voluntad difusa, pero inquebrantable, de tomar parte, de entrar en la vida de los demás hombres

Biblioteca Nacio

y luego los partidos traducían esto en odio y en venganzas.

¡Hoy queda aún pendiente aquella empresa de unidad de clases que nos impusimos el primer día!

La Falange ha de conseguir esta unidad real, este reencuentro histórico con nuestro pueblo, sin el que es posible dar un solo paso por la Revolución.

Pero para muchos esto es pura utopía. Para muchos es ya demasiado tarde.

No es ésta hora de los que tienen el corazón cubierto de polvo, sino de los que sienten alzarse en la espera gozosa del combate. ¡Ha llegado la ocasión de la juventud española!

¡Unicamente ella puede emprender esta tarea de unidad!

Frente de Juventudes.

Si nosotros pudiéramos acometer inmediatamente la Revolución, esta unidad de la juventud, esta unidad de clases en la juventud española sería un hecho.

Desgraciadamente, aun con todo el ardor revolucionario que hoy tiene el Estado, es sencillamente imposible, en esta crisis peli-

onal de España

grosa de la postguerra, realizar la Revolución con intensidad y violencia, capaces de traer la integración que nosotros deseamos. Con ello corremos el peligro inmenso, no ya de que esta unidad no se realice, sino de que llegue la congelación del espíritu de los ya incorporados a nosotros.

Se presenta una difícil disyuntiva: una excesiva madurez y lentitud en la Falange y en el Estado traería el divorcio inmediato de la juventud española.

Un Estado y una Falange poseídos de un irreflexivo afán revolucionario y ansiosos de conservar tras ellos a la juventud vivirían un peligro inminente de fracaso.

La tarea es, pues, doble, si queremos que sea eficaz. Por un lado, una lenta y difícil empresa de digestión, de asimilación de las viejas situaciones políticas. Es necesario resolver todos los conflictos pendientes, incorporar grupos y personas. Es necesaria una intensa labor de administración y de gobierno.

Por otro lado, una tarea inmediata de movilización y unificación de la juventud española.

Un frente profundamente ordenado y pro-

Biblioteca Nacion

fundamente revolucionario de juventudes.

¡Es preciso lograrlo, cueste lo que cueste!

¡Es preciso poner en pie de paz a toda la juventud española! Si queremos arrastrarla a aquella tarea laboriosa de administración y gobierno, nos quedaremos con los jóvenes sensatos de siempre, con los eternos contentos, incapaces y cucos.

Es imposible llevar a esta primera empresa administradora y gubernamental todo el vigor disperso de nuestra generación.

También es imposible formar a la juventud en la blanda tutela de los que a aquella empresa dedican su actividad. A la juventud tiene que formarla la juventud.

El único camino de la Revolución es un frente vigoroso de juventudes. Un frente implacable y fuerte, que haga nacer al borde de esta tarea árida y compleja de gobierno toda la violenta alegría de nuestra esperanza. He aquí nuestra primera consigna después de la guerra: FRENTE DE JUVENTUDES.

¡Contra él habrá muchos, como los hubo durante seis años de lucha constante!

¿Qué puede importarnos esto? ¡Contra nosotros estará lo viejo, lo egoísta, lo torpe!

nal de España

¡¡Con nosotros la fe, toda la fuerza de la mejor generación española, en línea rigurosa de combate!!

Yo sé que a espíritus excesivamente cautos todo esto de una fuerte vanguardia de juventudes les ha de parecer peligroso y desorbitado.

Se ve aún en nosotros aquella desbordada insensatez de las viejas juventudes de partido. Se mide a nuestra generación por el viejo rasero de las antiguas.

¡Parece como si entre ellas y nosotros no hubiera sucedido cambio alguno!

¡Pero existe una realidad viva que demuestra lo contrario!

Con la guerra no ha acabado la tarea ni aun el peligro para nosotros; sería una locura licenciar ahora el fervor de la juventud española. Aun cuando no existiera este espíritu de juventud, sería necesario provocarlo artificialmente.

¡Que Dios no quiera volver a probar nuestra fortaleza!

Pero si lo hace, si volvieran horas decisivamente graves, y mientras llegan no hemos preparado de nuevo el espíritu de nuestra juventud, ¿respondería España como res-

Biblioteca Nacion

pondió en aquel Julio furioso y heroico de 1936?

¡Rotundamente, sí! Volvería de nuevo a surgir espléndido su entusiasmo, a pesar y por encima de todo.

Yo no he abierto toda la inmensa gravedad de esta interrogación para sumir a nadie en la angustia de la incertidumbre. Lo he hecho para avisar a la alegre despreocupación de muchos.

Ya sería grave el que un pueblo olvidara a los que combatieron por él.

¡¡Pero lo sería inmediatamente más, sería suicida, que apartara a los que inevitablemente, en paz o en guerra, habrían de volver a combatir y a ganar su salvación definitiva!!

Ahora no se trata de organizar a los jóvenes para que desfilen por las calles, mientras desde las aceras los maduros sonríen al sol. Hoy acecha a la Revolución, y aun al Estado, el más grave peligro: el del enfangamiento de las esperanzas.

Hay que poner en pie todas nuestras reservas de entusiasmo. Hay que hacer una leva de todos los jóvenes de buena voluntad y cerrar con ellos una Falange, dispuesta a

onal de España

todo: desde la más feroz violencia al más abnegado sacrificio.

Unidad.

Para conseguir esta eficaz ordenación de la juventud española se precisa, además de aquella unidad de clases de que antes hablamos, una unidad absoluta de orientación.

Esta unidad está lograda definitivamente, en el yunque duro de tres años de guerra.

Contra ella viene chocando la torpe habilidad de unos y de otros, de gentes rencorosamente cegadas de ambición e impotencia. ¡Ved de cuán poco sirve! Se pretendió escindir de nosotros a las juventudes carlistas. Se quiso perder su heroica intransigencia de un siglo en la cazurrería aldeana de unos cuantos.

Pero todo esto se ha perdido frente a la fraternidad profunda de la muerte y de la sangre.

Ya habéis oído al camarada Gómez Ruiz. Quizá esto que él ha dicho de nuestros yugos y nuestras flechas deje más clara esta cuestión que todo lo que yo pueda decir.

Nosotros anunciamos a los que aún pier-

Biblioteca Nacion

den su tiempo en rústica maniobra de secesión, la unidad definitiva de la juventud española.

¡Que sigan las intrigas y los grupos! ¡Que venga quien quiera a pretender dividirnos!

Con nosotros estarán los tradicionalistas más puros y mejores. Nuestra tarea, nuestro frente de juventudes será para ellos y para nosotros como aquel histórico valle de las Amézcoas, en que se remansaba toda la violencia carlista para caer después potente y furiosa sobre el enemigo.

Y en el instante decisivo de la Revolución, quedaremos otra vez clavados y firmes, ganando cada día con la ira secular del carlismo, con la violencia revolucionaria de la Falange, una nueva victoria, y rezando cada noche en el campamento común, junto a las altas hogueras de nuestra fraternidad, el rosario carlista, que pide a Dios Patria, Pan y Justicia para el pueblo de España!

Trabajo.

La Revolución española no es exclusivamente económica, ni aun exclusivamente política.

onal de España

La revolución económica, y aun la revolución política, son en España indudablemente más fáciles que en otros pueblos de Europa.

En España no existe capitalismo ni liberalismo económico, ni apenas liberalismo político, al menos tan gravemente arraigado como en otros países. Es más, en ocasiones vivimos aún la época preliberal y precapitalista. Falta aún por hacer la revolución que el capitalismo liberal, aunque torpemente, realizó sin duda. El problema no es, pues, de urgentes parches en la organización económica. Se ha dividido a España en las mismas clases y grupos sociales en que realmente estaban divididos otros pueblos, y después esto se ha querido verter a lo político; muchas veces se han voceado problemas inexistentes, simplemente porque eran reales en algunos países de frecuente traducción al castellano.

¡Esto no es una blanda renuncia a la Revolución! Es todo lo contrario. Es una apremiante invocación a ella, que aquí se presenta más urgentemente necesaria, y al mismo tiempo menos compleja que en otros países.

Existe una tragedia española a la que nadie puede cerrar los ojos: el problema del campo español, el de la vivienda, el de la sanidad y

Biblioteca Naci

tantos otros son de pavorosa realidad que comprobamos cada día.

Pero hay que acometerlos total y originalmente. Todas las fórmulas extrañas son estériles. Los problemas son las más de las veces contrarios a los que aquéllas resuelven.

Es decisivo que todos se den cuenta de ella para que no llegue con los primeros fracasos el viento helado del desaliento.

¡La Revolución no es un puñado de fórmulas a aplicar sobre la sociedad. La Revolución es toda esfuerzo y fe. Hoy ofrece a la juventud española su vena más caliente y pura: el trabajo!

El frente de juventudes ha de imponerse un servicio riguroso de trabajo.

Es preciso acometer inmediata y físicacamente la tarea de la reconstrucción de España. Tened la certeza de que en esta misma empresa de fatiga y trabajo encontraremos la unidad y la fe que se nos pierden cada día en la somnolencia perezosa del desaliento. Que nadie hurte el hombro a esta fatiga próxima que ha de alcanzarnos a todos. Ciertamente con este nuevo servicio de la Falange, que ha de comenzar nuestra juventud, llega

ional de España

la parte más dura de la tarea. Pero es absolutamente necesario recorrerla.

¡Urge una movilización ordenada de la juventud para el trabajo! Urge que llegue a todos esta realidad dura del trabajo físico. No se trata ahora de paletadas simbólicas. Es preciso que el sudor siga el mismo camino que durante tres años recorrió la sangre.

Hay que ganar otra vez palmo a palmo esta realidad física entrañable de la Península. Y es preciso que nos ganemos nosotros mismos en la empresa.

¡Debemos lanzarnos a la paz con el mismo fervor y entusiasmo con que nos lanzamos la la guerra!

Pero sin olvidarla. De nada serviría nuestro esfuerzo si estuviera al alcance de quien se propusiera torcerlo. Nuestro primer deber, firmemente ligado a este deber perseverante del trabajo, es la fuerza.

Nuestra victoria frente al mundo.

Nuestra victoria ha cambiado el rumbo de la política europea.

Desde 1917 todos los pueblos de Europa viven en perpetua lucha defensiva frente a

Biblioteca Nacio

un enemigo hasta entonces difuso, y con el triunfo del comunismo en Rusia se concreta y activa en la III Internacional, que agrupa en cada Estado centenares de miles de hombres, dispuestos a servirla fanáticamente.

El fascismo, y después el nacionalsocialismo, iniciaron la contraofensiva, que acabó con la revolución roja en Italia y Alemania.

Pero en 1936 tenía aún Rusia una potencia extraordinaria, que a todos señalaba el peligro inminente de Europa.

A pesar del indudable quebranto que la política de Berlín y de Roma había venido produciendo en su organización internacional, Rusia, en la primavera de aquel año, tiene una serie de posibilidades quizá superiores a las que tuvo en ninguna otra ocasión.

Su táctica política se afina entonces y toma una mayor virulencia y eficacia agitadora. Los partidos comunistas amplían su campo de acción con los frentes populares; cuentan con más milicia organizada y más dinero, con una disciplina y propaganda más perfectas que nunca.

En la guerra de España interviene abierta y claramente, organiza el ejército rojo, se apodera de todos los resortes del gobierno,

ional de España

tiene la audacia de emplear la aviación, los tanques, los cañones a millares de kilómetros de su base próxima.

Y, sin embargo, cuando en 1939 llega la guerra, Rusia, que venía esperándola durante más de veinte años, y prometiéndose la Revolución a través de ella, abandona su política de agitación universal para ir a una política, aquí no importa si justa o injusta, imperiali. ta y nacional.

Las consecuencias remotas serán las que fueron, pero lo trascendente es que Rusia, que podía haber utilizado con efectos terribles sus organizaciones internacionales, para sembrar entre los ejércitos en guerra la propaganda comunista, e incluso haber llegado en plazo no lejano a la revolución armada abandona esta empresa, a la que durante, veinte años sacrificó miles de sus mejores hombres y toda su economía.

Ahora bien, ¿a qué se debe esto? A esta pregunta hemos de contestar con otra que envuelve una respuesta clara y concreta.

Si nosotros no hubiéramos vencido en tres años de guerra, y a costa del sacrificio de un millón de españoles; si Rusia hubiera tenido una base de operaciones cerrando el Medite-

Biblioteca Nacio

rráneo y a las puertas de Africa; si hubiera tenido veinte millones de hombres en España, junto al Pirineo, ¿hubiera sacrificado su poderoso Partido Comunista francés y abandonado el esfuerzo de veinte años?

España ha sido la última aventura del comunismo internacional.

¡Nuestra victoria ha sido su derrota definitiva!

Una vez más hemos salvado al mundo. Una vez más esta gente magnífica de las tierras de España, después de los siglos de vivir desordenado y pobre, sin armas, sin dinero, sin elementos de combate, ha ganado la más difícil y dura coyuntura de Europa.

Pero nuestra victoria, que queda palpitante de gloria y alborozo en nuestra alma, queda también clavada en la realidad inexorable y seca de la Historia.

No se puede desdeñar la responsabilidad que esta victoria hace caer sobre nosotros.

En el siglo XV quedamos, después de ochocientos años de sacrificio, sin recoger el fruto que nos ofrecía el Africa vencida.

En el siglo XVII abandonamos el esfuerzo y la sangre de doscientos años de lucha contra la Reforma.

ional de España

En el siglo XIX perdimos, a la hora de la cosecha, un continente que durante tres siglos vino enterrando la mitad de nuestra sangre y las tres cuartas partes de nuestra gloria.

¡Todo aquello se decide hoy en nosotros! Un solo momento de flaqueza y habremos dejado a nuestros hijos una nueva página de gloria estéril. Unos más de esfuerzo y habremos salvado definitivamente nuestro destino

Pero para el camino que queda por recorrer es posible que no sirva otra vez el azar de lo extraordinario. Por doloroso que sea, es preciso uncirse a la fatiga y el trabajo de cada día.

No podremos salir al mundo como supervivientes gloriosos, a mendigar el premio de nuestro heroísmo. El premio se parece siempre a la limosna.

Nosotros levantamos la sangre de nuestros camaradas muertos, como claro estandarte de nuestra victoria. Pero nada pedimos en su nombre. Si algo queremos ganar, habremos de exigirlo, no en nombre de los que murieron, sino en nombre de los que aún viven, dispuestos a mantener nuestra unidad y nues-

Biblioteca Nacio

tra grandeza en la línea peligrosa del Pirineo y del Atlántico!

Por eso es suicida esta escisión que algunos querían traer, colocando a la Falange enfrente del Ejército.

El fundamento de los que mantenían esta posición espiritual de despego a lo militar era una ingenuidad primitiva. En el Ejército había gentes formadas en escuelas antiguas, conservadoras o liberales. El Ejército era, pues, una fuerza contrarrevolucionaria. Frente a él era preciso, se decía, presentar una milicia joven, con un fresco ímpetu revolucionario. A ella debía acudir el borbotón de nuestra juventud, dejando al Ejército como máquina helada al servicio del Estado, indiferente a todo anhelo, a toda inquietud nacional.

La guerra ha demostrado cuán falso y peligroso hubiera sido esto. La juventud española se ha volcado en el Ejército con el mismo entusiasmo y la misma fe que en la milicia, intuyendo que allí estaba su deber, quizá más riguroso e inmediato.

Pero hoy es aún más decisivo el que la juventud española lleve todo su calor a la tarea

ional de España

de dotar a España en plazo inmediato de una vigorosa potencia militar.

La primera y más urgente empresa de la revolución española es el Ejército. Es preciso dar a España la fortaleza necesaria para mantener su victoria. ¡Y ello no es fría función del Estado, sino empresa nacional, a la que ha de acudir ardientemente toda la juventud española, a la que ha de dar calor todo el pueblo, en la que han de volcarse todos los entusiasmos! Y ninguna táctica revolucionaria puede oponerse a ello.

Es urgentemente necesario dar a nuestro pueblo una base mínima de bienestar; son apremiantes los problemas del campo, la organización sindical, la nacionalización de la Banca, la asimilación de los viejos partidos, la Justicia, el paro, las subsistencias. Pues bien, aun antes que todos ellos, aun antes que este deber apremiante de la Revolución está la necesidad imperiosa, inaplazable, de ser fuertes. ¡Que todos se den cuenta de que en ello se decide otra vez nuestra existencia!

Para ser vencido es suficiente serlo una vez.

Para ser vencedor es necesario vencer mu-

Biblioteca Naci

chas veces. Pero, sobre todo, es preciso estar siempre en disposición de vencer.

¡Es preciso que nosotros lo estemos inmediatamente!

Hay una triple consigna de trabajo, de sacrificio y de heroísmo para la juventud española. Hay una triple consigna para todos los pueblos y todas las tierras de España: ¡¡EJERCITO, EJERCITO, EJERCITO!!

Además, en el Ejército está hoy el cincuenta por ciento de nuestra generación. La juventud que se ha incorporado o va a incorporarse definitivamente al Ejército, no queda por ello separada, sino más firmemente unida a esta tarea de juventud, que ha de agrupar a una generación española.

En el Ejército no ha de perderse todo entusiasmo y fe juvenil, sino todo lo contrario. Nosotros no consideramos revolucionariamente perdida a toda esta juventud que pasa a ser oficialidad profesional. ¡Consideramos el Ejército definitivamente ganado por ella para la Revolución!

El Ejército ha de formar un cuerpo vivo, sintiendo todas nuestras inquietudes, fundido en nuestra esperanza y fervor. La garantía de que esto ha de suceder así nos la dan,

cional de España

además de los hombres magníficos que en él tiene la Revolución, la coyuntura perfecta que con el Ejército tiene la Falange, por arriba, en Francisco Franco, Generalísimo y Jefe Nacional de la Revolución Española, y por abajo, en esta generación de oficiales, que hoy incorpora definitivamente a las armas de España toda la inquietud nacional-sindicalista de la juventud española.

Nuestro camino.

Así, el camino, que podrá ser, que es indudablemente difícil, no puede ser para nosotros confuso.

En lo político nos corresponde una sola tarea: Frente de Juventudes.

En lo social, una sola tarea inmediata: Servicio de Trabajo.

Y una sola empresa y ambición nacional inmediata: el Ejército.

Estas son las tres directrices iniciales. Con ellas no acaba, sino comienza, la Revolución; pero sin ellas todo se hunde y desaparece.

Habrá, indudablemente, consignas más

Biblioteca Naci

atrayentes, más cómodas, incluso más bellamente rebeldes.

Pero toda nuestra ambición histórica y revolucionaria, de bruces sobre la realidad de nuestro pueblo, nos da estos tres caminos reales y concretos que hay que comenzar a recorrer.

Ya no se trata de ardientes esperanzas.

Es preciso marchar, marchar sin descanso en busca de nuestra fortaleza.

Nos llega la parte más dura del camino, que veíamos serpentear en el horizonte, y que hoy se abre en piedras y polvo a nuestros pies.

¡Ha llegado el instante decisivo para todos de comenzar a recorrerlo!

El enemigo.

Y ha llegado el instante de atacar a este enemigo hábil, que sonríe dulcemente sentado al borde del camino.

Ya no es únicamente el viejo vicio, al fin y al cabo ingenuo, el chiste y la murmuración.

En nuestra guerra hemos ido repasando aquel concepto, terriblemente duro y real del enemigo, que fuimos aprendiendo duran-

ional de España

te siglos, y que algunos querían que abandonáramos en nombre de blandos pacifismos de vencido.

Frente a las ametralladoras de todos nuestros enemigos, frente al odio de un mundo negociando nuestra tragedia, hemos aprendido la dura lección que conviene que nadie la olvide: nuestra vida es milicia continua frente al enemigo, y el enemigo es el mismo de siempre.

A los mismos que les interesaba la prolongación de nuestra guerra, por los mismos motivos centuplicados hoy les es preciso una España hambrienta, rencorosa e inerme. Los mismos que durante siglos nos hán venido acorralando y venciendo, los que fueron contando moneda a moneda esto que nosotros perdíamos hombre a hombre, nos esperan hoy en la encrucijada de nuestro desaliento para ir vertiendo la negación corrosiva de siempre.

Vuelven otra vez las consignas negativas. Esto no. Esto no.

Pero de una vez, definitivamente. ¿Qué traen ellos? ¿Qué representa y pretende hoy la reacción española?

En España no representan nada; pero en el

Biblioteca Nacio

mundo, sí. En el mundo representan la grieta por donde ha de entrar la cuña de oro encargada de hundirnos. ¡En ellos está la última esperanza de nuestros enemigos!

Nosotros, al mirar en derredor nuestro y ver a los que nos combaten, sentimos el orgullo de estar en el camino cierto.

Quizá nada nos dé ánimo tan inmediato como esta saña de los que se oponen a nosotros.

Los que hoy están frente a la Falange son los mismos que siempre estuvieron frente a España.

¡Nosotros sentimos la alegría inmensa de ser odiados por ellos!

Que piensen, los que alegremente se suman al coro de murmuradores, en la terrible responsabilidad que les alcanza. Y que vean su error en la simpatía que les dispensan nuestros enemigos.

Nosotros nos aseguramos cada vez más en la certidumbre de nuestra verdad, al ver cómo ahora se levanta rabiosa la misma algarabía que escuchamos alegre y jaranera cuando nuestros soldados se desangraban entre la nieve de Teruel o caían sobre la estepa ardiente de Belchite y Brunete.

onal de España

Y además, ¿qué creen que es la Falange? Será posible hundirnos; será, sin duda, posible vencernos, al menos por el momento.

Pero automáticamente se plantean los problemas anteriores a nuestro nacimiento.

Y sobre todo se plantea el problema que nosotros hemos creado: el de la inquietud e impaciencia de nuestro pueblo. La Falange ha encendido hasta la rebeldía la conciencia dormida de millones de hombres.

¿Qué ha de venir ahora si se hunde la Revolución?

Aunque no nos amenazara ningún peligro exterior.

¿Qué se puede traer ahora a nuestro pueblo que no sea lo que nosotros traemos?

¿En qué pueden volver a probar fortuna los populismos o las dictaduras? ¿Es que se puede pensar otra vez en el parlamento y en los partidos, o en todas esas oscuras añoranzas de unos y de otros?

No hay más que un camino abierto: La Revolución. Va a ser muy difícil vencerla. Para ello sería preciso poner en la balanza tanto como se puso para hacerla posible.

Biblioteca Nacio

Pero, además, si alguien suficientemente audaz y poderoso ahora la Revolución española, que tenga la certeza de hundir con ella la última posibilidad de salvación, aun de aquellos mismos que hoy vienen combatiendo cada día contra ella.

¡Pero sobre todo que se dé cuenta de que habría de encontrar, inexorablemente, enfrente toda la tenaz violencia de la juventud española!

¡Ahora o nunca!

¿Quién comienza a decir por ahí que se ha perdido la Revolución española?

La Revolución no la ganan ni la pierden nuestros enemigos. Hemos de ganarla o perderla nosotros. Y para ganarla no queda sino nuestra firme voluntad de conseguirlo.

¿Qué son los que a nosotros se oponen frente al ímpetu ordenado de nuestras escuadras?

Algunas gentes han gritado excesivamente contra la reacción española. Se ha zaherido a todo aquel que no era absolutamente revolucionario. Pero aquellos hombres de feroz intransigencia verbal, hacían una blanda

ional de España

falange de boca dura, que no daba un paso por la Revolución.

Basta ya de sonoras demagogias amenazantes que nuestros enemigos oyen como la lluvia.

¡Hora es ya de marchar!

Que se unan a nuestra juventud los que sientan junto a ella este violento deseo de renovación y grandeza que nosotros traemos.

El instante es peligrosamente grave. Que nadie venga ahora con el sonsonete gastado de blandos lirismos optimistas.

Precisamente esta crisis de hoy es nuestro primer triunfo. ¡Ella constituye el primer objetivo plenamente logrado!

En seis años de lucha certera hemos conseguido lo que Dios nos negó durante siglos: una ocasión en la que ganar o perder definitivamente España.

Hasta hoy hemos vivido retrocediendo frente al mundo, en continuo repliegue y cobardía. Esto era infamante, esto nos asfixiaba en el hambre y la miseria de nuestro pueblo. Pero inmediatamente era cómodo. Era fácil y cómodo, como es comoda y fácil la vida de un mendigo.

¡Hoy nos llega la gloriosa pesadumbre de

Biblioteca Nacion

la victoria, y es preciso prepararse a soportarla!

Que vean esa realidad palpitante de España los que hoy se dejan llevar de una blanda desesperación inactiva.

¡Siglos esperando este instante! ¡Siglos aguardando esta hora en que todo se decide para nosotros!

¿Qué importa ahora que gran parte de lo que existe en la sociedad o en el Estado no nos guste? Precisamente por eso os llamamos; precisamente por eso es necesario el esfuerzo y la voluntad de todos. La Historia la hacen los hombres. Por encima de todas las leyes y fuerzas económicas, de todas las fórmulas políticas, está nuestra voluntad de vencer. No podemos pararnos ahora a ventilar pequeñas discordias o rencores. No caben ahora intransigencias doctrinales ni personales. Vivimos el momento de máximo peligro y máxima posibilidad española.

Que cese de una vez la travesura antigua de la simpatía y el compadrazgo.

Que se incorporen todas las juventudes españolas. ¡Que se una todo el ímpetu de la Revolución en un frente apretado de juventudes!

onal de España

Llevamos siglos sometidos a un círculo vicioso que entre nuestra vida interna y nuestra vida externa nos mantiene sin realizar plenamente ni una ni otra.

No seremos fuertes mientras no estemos organizados, prósperos y unidos.

No lo estaremos nunca, si antes no somos fuertes frente al mundo.

O la Revolución o el Imperio. Izquierdas y derechas a través de la Historia.

Hoy vivimos la ocasión de ganar ambas empresas a un mismo tiempo. ¡Dios está llamando ahora a nuestras puertas! Ha llegado el momento de alzar paralelas las dos banderas y de seguir tras ellas.

Vuelve a ser cierta aquella consigna que nos lanzó a la guerra: ¡Ahora o nunca!

Ahí queda nuestra Revolución, la meta esperada durante siglos de vivir desordenado y confuso. Aquí queda nuestra juventud, inactiva, chapoteando sobre la sangre de un millón de muertos.

En nosotros está el destino milenario de nuestro pueblo. En nosotros está la vida de éstos que llevan siglos siguiéndonos a través de la Historia, esforzándose junto a nosotros en las mismas empresas, comiendo

Biblioteca Nacion

nuestro pan, hablando nuestra lengua y rezando al mismo Dios.

Toda la historia futura de este pueblo magnífico, de esta tierra alta, fecunda, ruda, sobre la que vivimos hace miles de años, se decide hoy en nosotros.

Que esta fraternidad de siglos encienda de nuevo la conciencia de nuestra juventud.

¡Y que todos se den cuenta de que sólo en ella está nuestra salvación definitiva!

¡Camaradas de la Falange de Madrid! ¡Juventudes!: ¡AHORA O NUNCA!

DISCURSO AL S. E. U.

Agosto 1939

En la vieja táctica pol'tica hubo siempre un interés decisivo por la utilización de la juventud. Cada partido organizaba su sector juvenil, un poco como fuerza de choque y guerrilla inconsciente que le sirviera cada día de vanguardia ofensiva o defensiva, y otro poco como grupo optimista, alegre y

onal de España

simple, que diera la nota de color y vida y alborotase el café y la calle.

A la sesuda madurez de los que iban arrastrando la cadena de nuestro Gobierno, aparecía la juventud como elementos coreográfico imprescindible para completar el triste cuadro de la vida que nos iban forjando.

Rebotando de unos a otros, cada vez más furiosa y cada vez más ciega, la juventud se consumía en una estéril violencia revolucionaria que iba dejando deshecho, al borde del camino, lo mejor de ella, y que asfixiaba a España en la virulencia inútil de las pasiones públicas. Cuando nacía la Falange todos vieron en ella otro espléndido rebaño de juventudes al alcance de quien quisiera tomarse el trabajo de capturarlo, para caminar después sobre sus espaldas.

Todos estaban seguros de que sería fácil llevar aquel poderoso caudal que nacía a los cauces tortuosos y antiguos de los viejos partidos.

Por primera vez se equivocaron. La Falange fué la primera generación de juventudes que supo emanciparse de la rutina estúpida de las viejas luchas de partido.

Biblioteca Nacion

Una generación en línea de combate no necesita para ser ejército completo, sino quien sepa conducirla. La Falange tuvo la dirección genial de José Antonio, y supo mantenerse totalmente fuera, sin contacto ninguno con nada ni con nadie, desgarrándose el alma y la carne en su soledad militante, pero ganando cada día un paso seguro en el camino inexorable de su Revolución.

Una nueva moral, intransigente y rígida; una voluntad, desesperada e inquebrantable de vencer, iba apretando a millares de jóvenes en sus filas, y formando una conciencia de generación revolucionaria, y un violento afán de reconquista histórica, que desbordaba cada día las viejas barreras de partidos y clases y venía formando un vigoroso frente nacional de juventudes que traía en el alma la solemne alegría de una bandera nueva que clavar otra vez frente al mundo.

La Falange no tuvo nunca aquel ingenuo optimismo de las juventudes de partido; de haberlo tenido se lo habría llevado la primera sangre de sus escuadras. La Falange venía triste, tenaz y firme, en la seguridad de una victoria dolorosa, y hasta ella

ional de España

llegaba y se rompía la puerilidad fingida de los graves y antiguos, que querían entretener y capturar su apasionada pesadumbre con sus despreocupados optimismos.

Durante seis años se fué cumpliendo el destino trágico de la Falange. José Antonio murió ante un rabioso pelotón de milicianos. Antes y después de él, sus juventudes fueron quedando junto a cada piedra de España, para ganar de nuevo la última y primera geografía de nuestro Imperio, para conquistar otra vez esta Península rota en que nos acorrala el mundo.

Cada día, en continua letanía dolorosa, España iba perdiendo lo mejor de su juventud en una guerra que nos hacían todos, en bárbara oleada de crueldad, de odio y envidia que el mundo lanzaba sobre nosotros.

En plena guerra nace, junto al jefe muerto, la voluntad de dominio de un héroe joven: Franco marca el nuevo momento en la Falange. En un principio es quizá únicamente el caudillo militar que nos conduce a la victoria; la juventud le sigue hasta la muerte, dispuesta, incluso, a sacrificar o aplazar nuestra Revolución. Pero esto cambia radicalmente: Franco es hoy Caudillo y Jefe

Biblioteca Nacion

de la Falange. Esto, que en un tiempo pudo ser una frase, es hoy una realidad viva, que puede tocarse cada día en el alma de nuestra juventud. Esta generación, que se opuso dos veces a la destrucción de España, esta juventud española que llevó la crisis terrible, en su carne y en su sangre, está otra vez, completa y poderosa, detrás de su Caudillo esperando el nuevo peligro que se presiente ya entre los laureles de la victoria. ¡Como ayer la guerra, se abre hoy la paz para la juventud de España! Seis años de lucha violenta y certera colocan a una generación española en el borde caliente de la Revolución.

Palmo a palmo hemos ido ascendiendo, en rosario interminable de hombres nuestros, en dolorosa inquietud y fatiga, hasta esta gloriosa pesadumbre de nuestra victoria. Ya no queda nadie, sino nosotros, sobre España. ¡Ya no queda sino lanzarse ardientemente a la Revolución, como en Julio nos lanzamos a la guerra!

Que nadie, ni desde fuera ni desde dentro, intente oponerse a nosotros.

Nuestro pueblo está ahí, después de siglos de vivir desesperado, triste y confuso, esperándonos para marchar junto a nosotros.

onal de España

¡Que se asomen a él los que aún están ciegos, los que creen que esto puede quedar en unas elecciones ganadas por los conservadores o en un real encargo de formar Gabinete!

Sobre este pueblo desheredado, maltrecho, hambriento de siglos, sobre esta tierra huesosa, parda, seca, un puñado de supervivientes comienza ahora nuestra Revolución y reconquista definitiva.

El camino es difícil. Pero no hemos de detenernos a chapotear sobre la sangre tibia de los que cayeron.

Sobre nuestra primera victoria se alza apremiante la bandera, roja y negra, de la Revolución y del Imperio.

¡Otra vez la Falange! ¡Otra vez la juventud española! Por la Patria, el Pan y la Justicia. Por España y frente al mundo.

¡ARRIBA ESPAÑA!

Biblioteca Nacio

Próximos números: de

Carlos Alonso del Real.
Rafael García Serrano.
Fermín de Izurdiaga.
José María Moro.
Alberto Crespo Villuendas.

ional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

BNE

1104590608

EDITADO POR LA JEFATURA NACIONAL DEL SINDICATO ESPAÑOL UNIVERSITARIO

Biblioteca Nacional